

CAPITULO IX.

Otra vez la actriz.

Dejemos por un momento á D. Antonio abrumado con el dolor de la desaparicion de Pilar, á la vez que con la expulsion de D. Andrés, y ocupémonos de otros personajes de nuestra historia.

Matilde que, aunque jóven, estaba educada en la escuela de la adulacion y de la falsedad en que aprende toda actriz bonita, escuchó al principio á Miguel como habia escuchado á otros muchos, á espensas de los cuales habia vivido gastando un lujo extraordinario; pero poco á poco fué siendo su cariño mas íntimo, hasta que por fin acabó por no poder pasar sin la compañía

de aquel hombre, por el cual prohibió que le visitaran los que hasta entonces le habian obsequiado, excepto á Rossi que, como á persona de influencia, quiso seguir dispensándole su gracia.

Pero á medida que en Matilde se iba despertando una pasion desconocida para ella, porque jamas habia amado á nadie, aunque con todos habia especulado, en Miguel iba muriendo aquel entusiasmo, producido por la semejanza entre aquella mujer y la que amaba. Así es que, aunque pasaba los dias enteros con Matilde, era solo por tener á la vista la semejanza de Luisa.

La hermosa actriz habia notado, con dolor, aquel cambio repentino.

—Tú no me amas, Miguel:—le dijo un dia Matilde dándole un beso en la frente:—tú no me amas; porque si me amases, no estarias siempre tan triste á mi lado. ¿En qué te he ofendido?.... ¿No soy tuya de todo corazon?.... ¿no he despedido á tanto amante importuno por solo poder estar contigo?.... ¿qué mas quieres?.... habla y todo lo haré por tí.

Miguel la miró tristemente, y guardó silencio.

—Mira, Miguel;—prosiguió diciendo Matilde—nunca le digas á otra mujer que le amas, porque la harás infeliz para siempre con esa frialdad terrible; sí, porque la harás infeliz como me has hecho á mí.

Miguel la miró tiernamente, y no pudo menos de abrazarla, al ver que sus ojos estaban bañados de lágrimas.

Miguel habia vivido hasta entonces en esa preocupacion que es casi general en los hombres, de que en una mujer que se presenta en las tablas, y que á todos corresponde con la sonrisa en los labios, el amor era una cosa desconocida.

No sabia que, esa sonrisa, la mas de las veces es forzada para alcanzar con ella el favor de un público veleidoso, á quien tiene que mantener contento para que no la silbe ni la perjudique en su carrera artística. No sabia que el corazon de una actriz tiene tantos grados de sensibilidad como el de cualquiera otra mujer, y que estos gra-

dos de sensibilidad, si no llegan á desarrollarse, es únicamente porque los hombres que á ella se acercan no llevan otro fin que el sensual, ni otro anhelo que el de alcanzar sus favores para olvidarla despues.

Pero en Matilde estaba viendo lo contrario: porque Matilde habia rehusado recibir de él todo, excepto su amor.

—¿Por qué me amas tanto, Matilde?

Dijo Miguel cubriendo de besos la mano de la jóven.

—¡Ingrato!.... ¡Te pesa que te ame!.... ¡Por qué, pues, has formado tanto empeño en cautivar mi corazon?.... ¡O te pesa que te ame, porque tú no me amas ya?....

—Eres tan buena, Matilde, que seria un pérfido si te olvidase.

—Eso no es bastante; yo necesito tu amor como necesito el aire para respirar y vivir.

Rossi apareció en la puerta de la pieza en que tenian este diálogo; pero viendo que no habian advertido su llegada, se detuvo, y se ocultó detras de la puerta, para escuchar lo que hablaban. Matilde prosiguió.

—Mira, Miguel, de quince dias á esta parte, he notado un cambio completo en tí; ya no eres mas que un frio espectador de las gracias que mis aduladores dicen que tengo, y esto me mata, me desgarrá el corazon, porque mi corazon necesita de tu amor: porque todo lo que no es tu amor, es la muerte.

Miguel la miró tristemente, exhaló un hondo suspiro y contestó.

—No me pidas mas de lo que te puedo dar.... ¡Matilde, soy muy desdichado....!

—¿Careces de dinero?.... Todo lo que yo gano te lo cedo desde hoy.

—No es eso, Matilde.

—Pues no comprendo de qué otra causa pueda provenir tu desdicha, porque solo esa y el amor, causan nuestra amarga tristeza.

Y cual si hubiese pisado un áspid, retrocedió algunos pasos con este último pensamiento; y acercándose luego á Miguel, le preguntó con marcada inquietud.

—¿Amas á otra mujer?....

Miguel se estremeció en la silla; pero procurando recobrar su serenidad, contestó:

—No hay ninguna mujer como tú en el mundo.

Esta contestacion ambigua, era muy poco para satisfacer las exigencias del corazon enamorado de Matilde, y dijo.

—¿Pero amas á otra?....

—¿No te he dicho mil veces que te amo á tí?

—Yo tambien he dicho á mil importunos, que les amaba, y sin embargo, mentia, porque solo á tí he amado en la tierra.

Rossi se mordió los labios con despecho.

—Pues bien, Matilde—contestó Miguel haciendo un esfuerzo para mentir—no amo á nadie mas que á tí: ¿estás contenta?

Las abundantes lágrimas que se agolparon á los ojos de la jóven, fueron la única contestacion que recibieron aquellas palabras.

Miguel entonces, procurando salir de aquel estado comprometido en que se hallaba de fingir lo que no sentia, se levantó, y acercando sus labios á la frente de Matilde

de, é imprimiendo en ella un beso mas de compasion que de amor, la dijo.

—Adios, hermosa: tengo que hacer, y salgo para volver dentro de un instante.

—¡Tan pronto!....

—Me es preciso. Me espera en casa un amigo que debe partir para Veracruz á unirse á los voluntarios que se disponen á impedir el desembarco de la expedicion española, dispuesta en la Habana para invadirnos.

—Bien; no quiero ser molesta; pero prométeme que volverás en cuanto tus ocupaciones te lo permitan.

—Te lo prometo.

Y Miguel salió con el corazon desgarrado de dolor y de remordimientos.

Aun no acabaria de bajar la escalera, cuando entró Rossi adonde estaba la engañada Matilde entregada al placer que habian derramado en su corazon las palabras del hombre que tanto amaba.

—¡Cómo siento venir á desvanecer esa alegría, Matilde!

Dijo Rossi acercándose á ella. Matilde se volvió hácia donde hablaban, y respondió.

—¡Ah!.... ¿eres tú, Rossi?

—Sí; yo que he oido la conversacion que acabas de tener, y que vengo á desengañarte de que Miguel ama á otra.

Matilde no tuvo fuerza ni para arrojar una exclamacion: tan terrible fué la opresion que sintió en su pecho; pero poco á poco la sorpresa fué cediendo su lugar al sentimiento, y dijo:

—¡Ama á otra?

—Sí; ama á otra mujer, y te engaña: hé aquí la causa de su tristeza.

Si á pedazos le hubieran arrancado el pecho, no hubiera sufrido Matilde mas. Sintió encenderse en su corazon un odio terrible; pero este odio, como siempre sucede, no era contra el hombre que la engañaba, sino contra la mujer que le robaba el corazon del que amaba. ¡Como si uno delinquiera en ser amado!

—¡Y tú, Rossi, conoces á esa mujer?

Preguntó exaltada Matilde con la fuerza de los zelos.

—Sí, la conozco.

—¿Su nombre?

—María.

—¿Dónde vive?

—En casa de Miguel.

—¿En su casa!

—Sí; es su prima.

—¿Y dices tú que se aman?

—Con delirio.

—¿Estás persuadido de ello?

—No me cabe duda.

Un grito espantoso lanzó Matilde que revelaba bien la furia de los zelos; y levantándose de la silla en que estaba sentada, exclamó, encendidos los ojos por el fuego del despecho.

—¡Que tiemble esa infeliz!.... ¡que tiemble.... porque no he de descansar hasta que no pruebe toda la furia de mis zelos.

Rossi saboreó en su corazón la esperanza de la caída de Miguel; y Matilde, entrando á su gabinete, en que generalmente recibia sus visitas, se arrojó sobre una silla sin poder contener sus lágrimas.

CAPITULO X.

La partida.

Mientras la hermosa y engañada actriz, herida en lo mas delicado del corazón, permanecía en su cuarto pronunciando el nombre de la mujer que, en su concepto, le robaba el cariño de Miguel, María, muy agena de imaginar que la situación que guardaba con respecto á su primo, pudiese inspirar zelos á persona alguna, se encontraba triste, envidiando á su vez, la felicidad de la mujer que habia conseguido interesar el corazón del hombre que en secreto amaba.

Sentada junto á la vidriera del balcon de la sala, y ocupada en bordar un chaleco de raso negro que pensaba regalarle, como una prueba de cariño, no apartaba los ojos del